

Nº33.

7. NOVIEMBRE

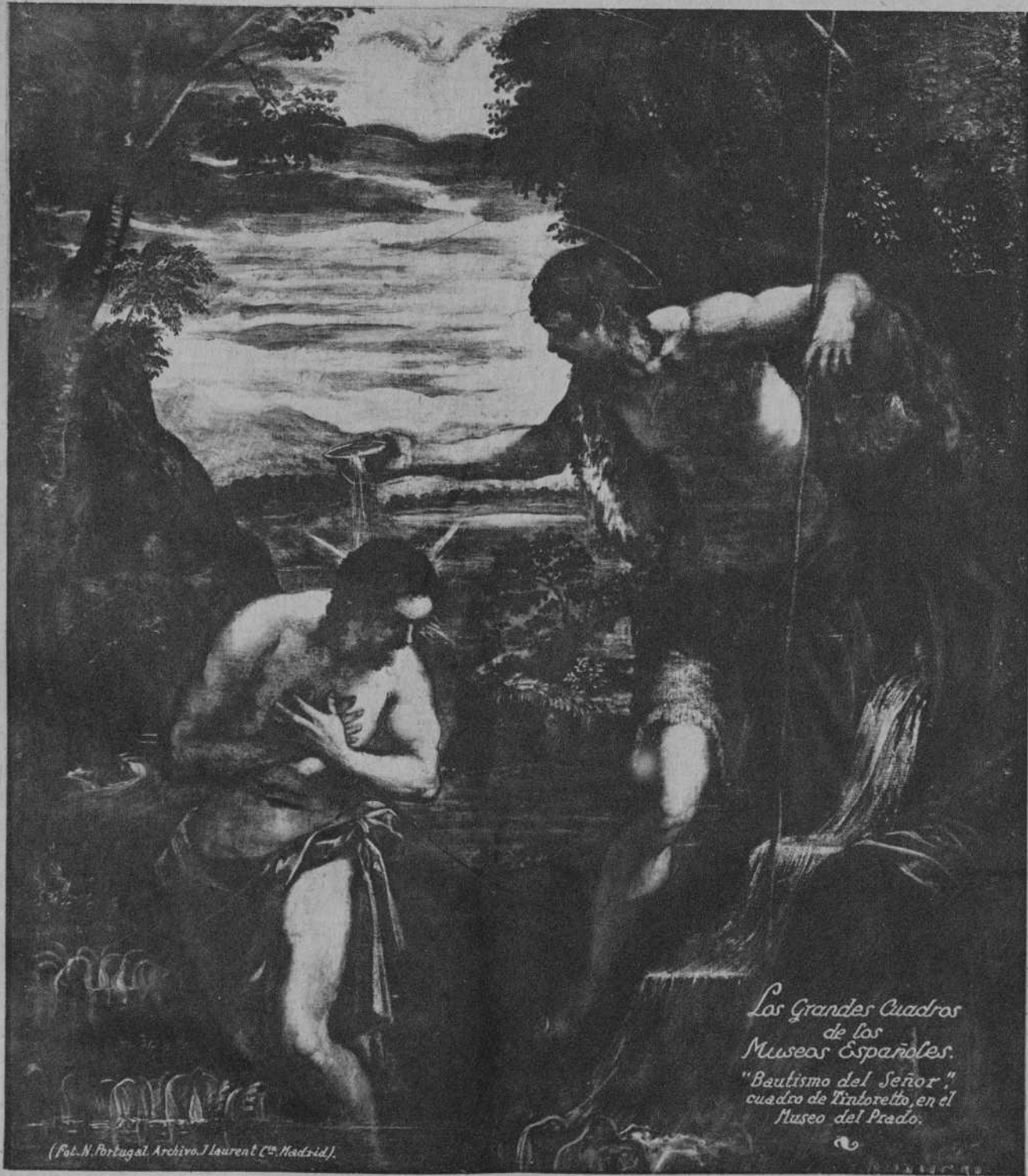
1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

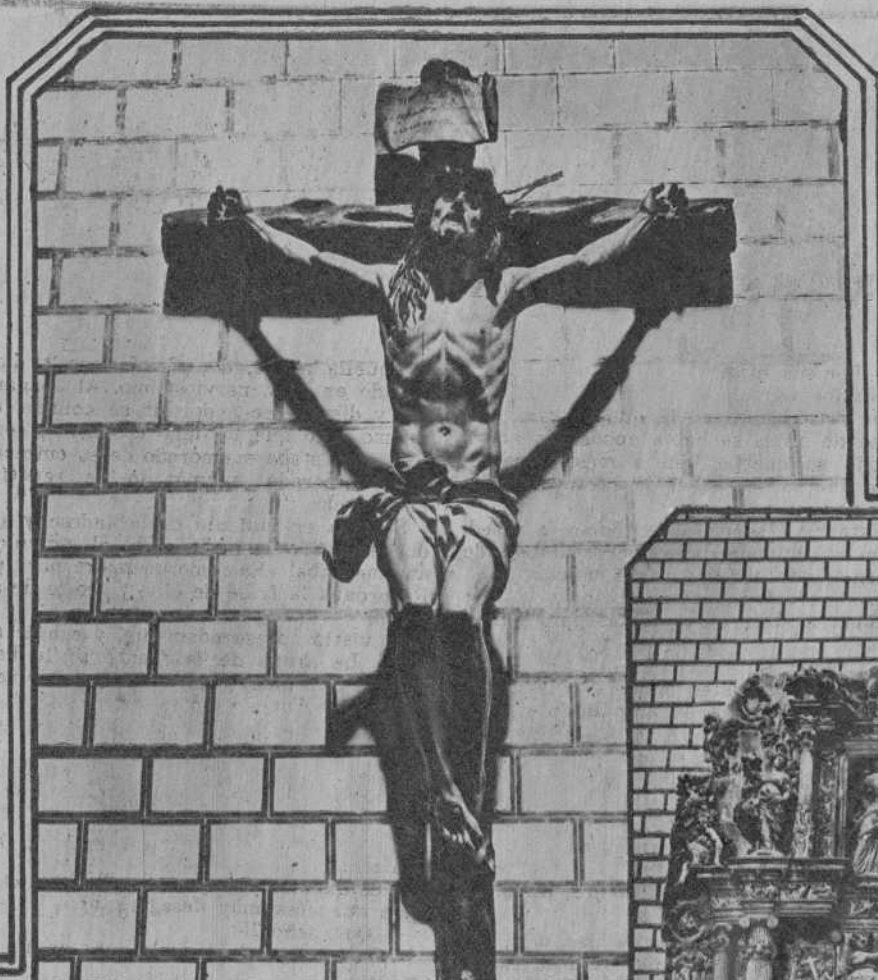
DE

El Día Gráfico.

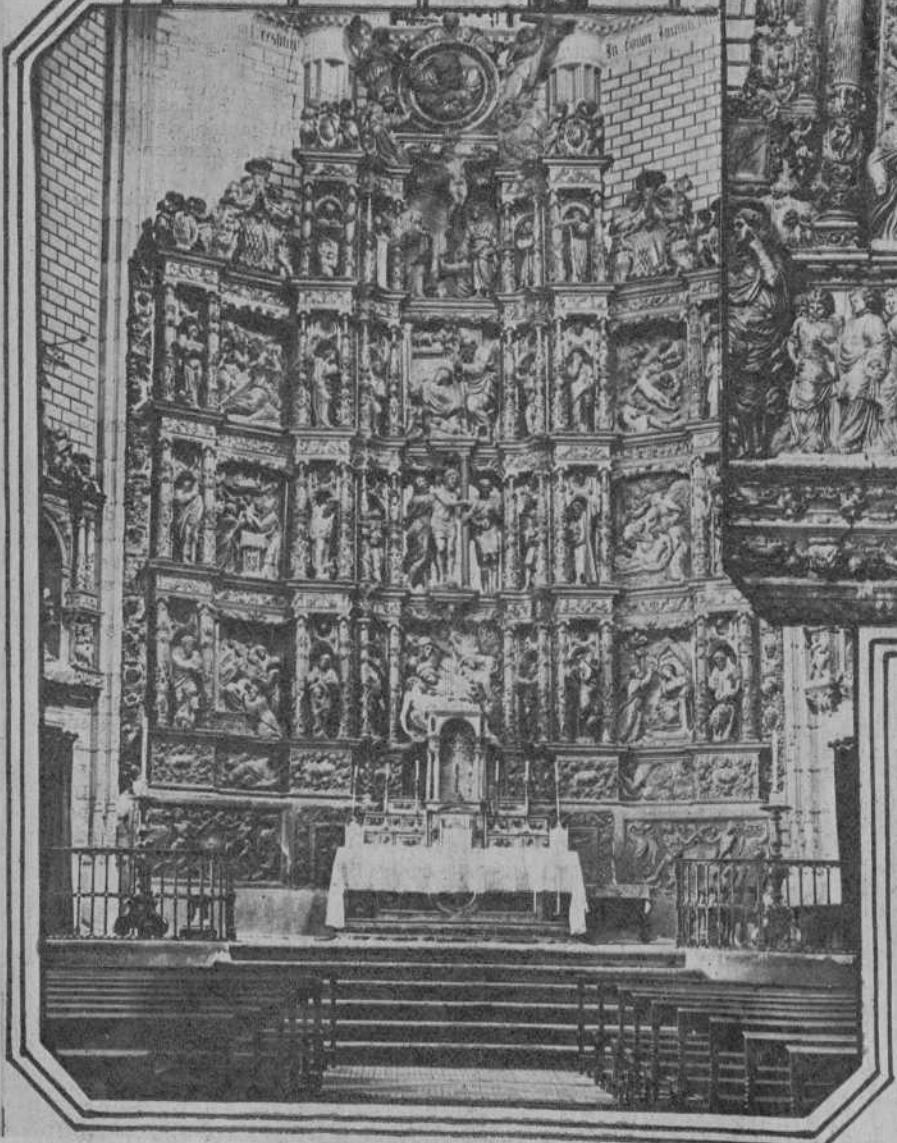


*Los Grandes Cuadros
de los
Museos Españoles.
"Bautismo del Señor",
cuadro de Pintoretto, en el
Museo del Prado.*

(Fot. N. Portugal. Archivo J. Laurent (C^o. Madrid).)

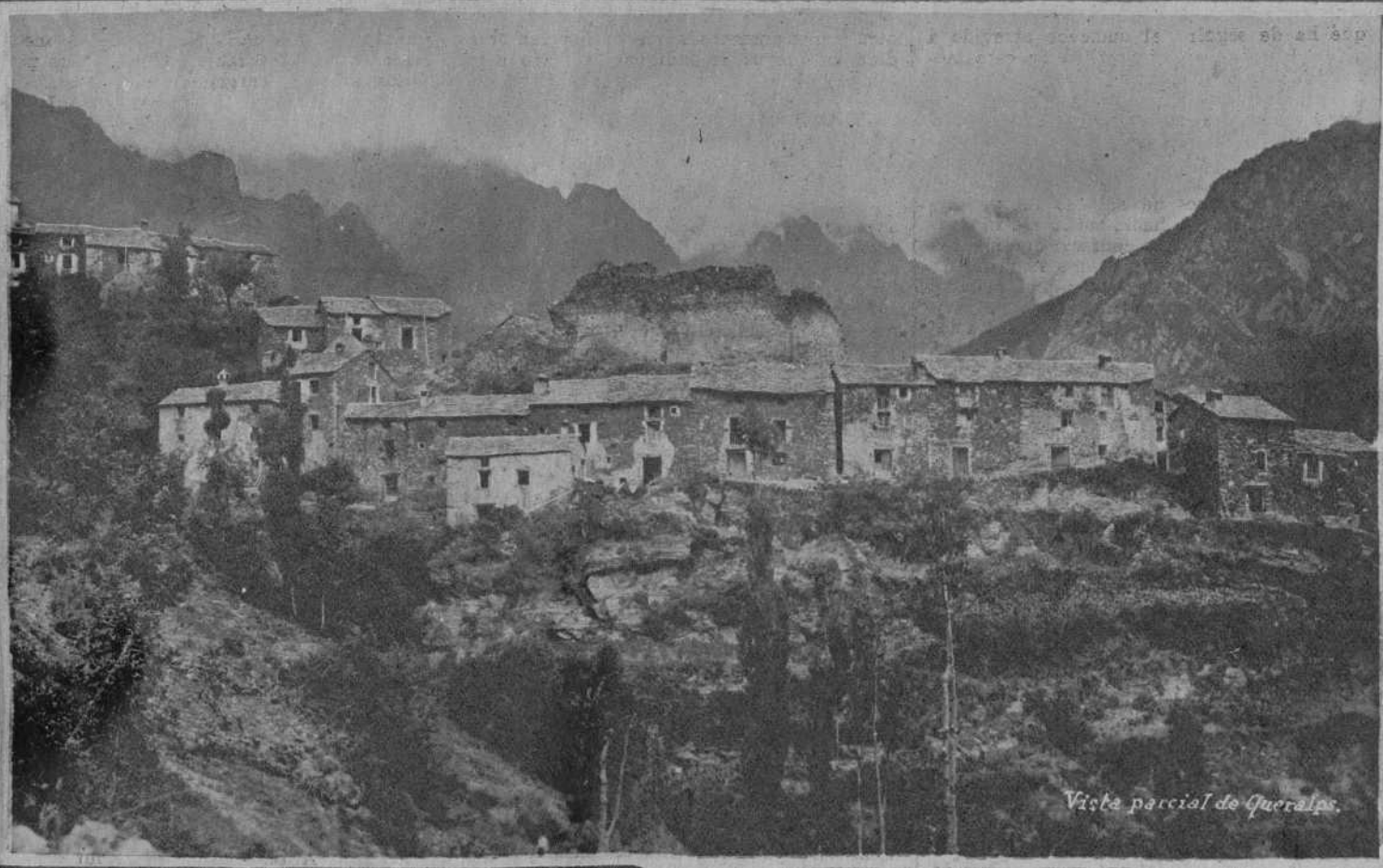


*La Capilla
del
Obispo
de Madrid*



Junto a la parroquia de San Andrés en Madrid levántase la llamada Capilla del Obispo, que fundó D. Francisco de Vargas fallecido en 1524. El altar y puertas construyolo Francisco Giralte a medianos del siglo XVII. Dicha capilla es de las mas bellas de Madrid.

(Fotos. Gortia)



Vista parcial de Queralt.



Casa típica de la región de Pedra Forca.

LA REGION DE LA PEDRA FORCA.

Agreste, como todos los pueblos que al cobijo de los Pirineos no han merecido aun la atención del turismo, la región de la Pedra Forca, ofrece al excursionista, bellezas singulares. Dominados por los nevados picos de la Pedra Forca, los poblados sencillos y modestos, viven su vida lenta y silenciosa...



| | | | |
|-------|--------|-----|-----|
| ed a: | apca: | ... | ... |
| stne: | supa: | ... | ... |
| lhi: | strib: | ... | ... |
| lde: | stsi: | ... | ... |



Vista general.

Toledo.

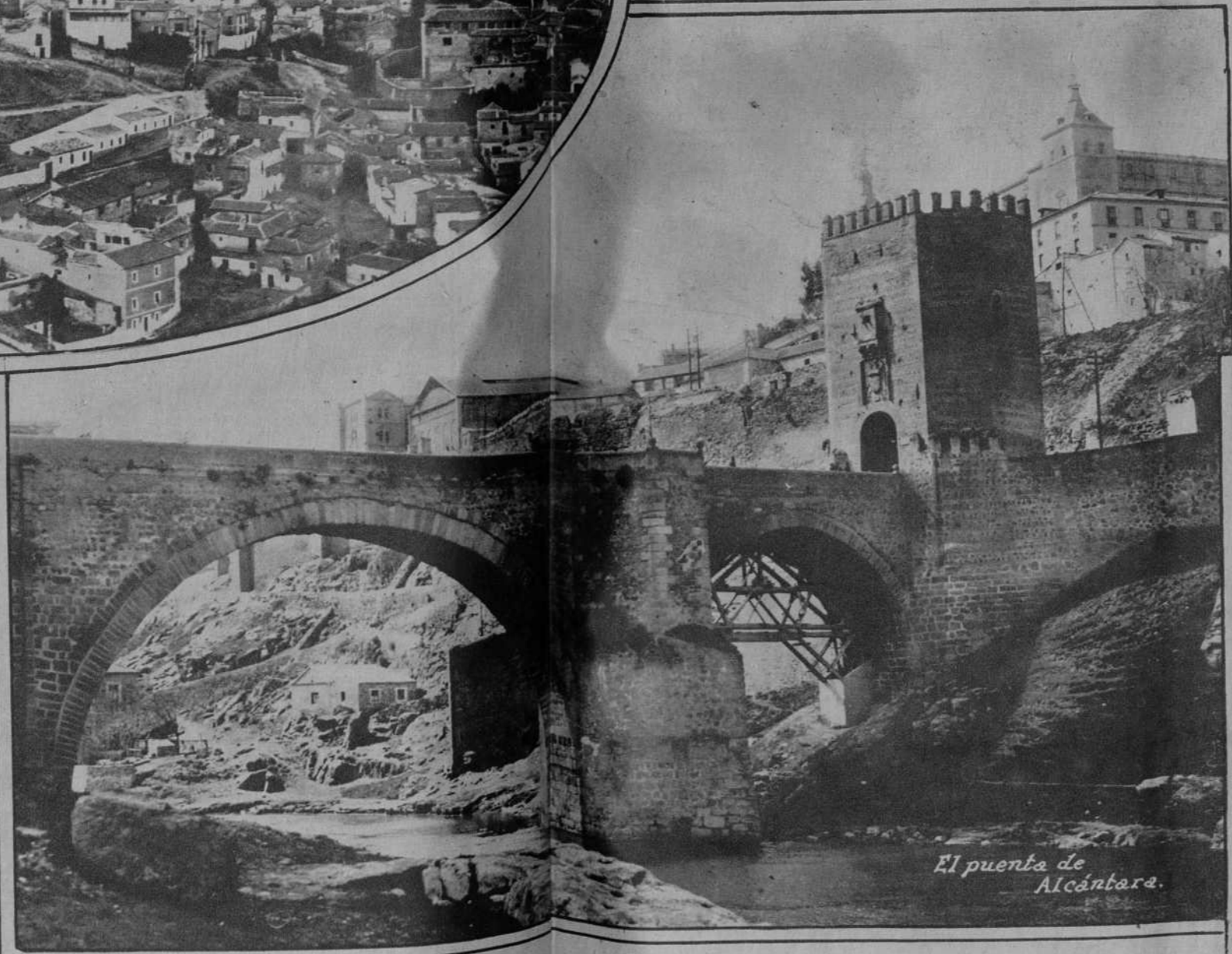
*la imperial y
la sagrada.*



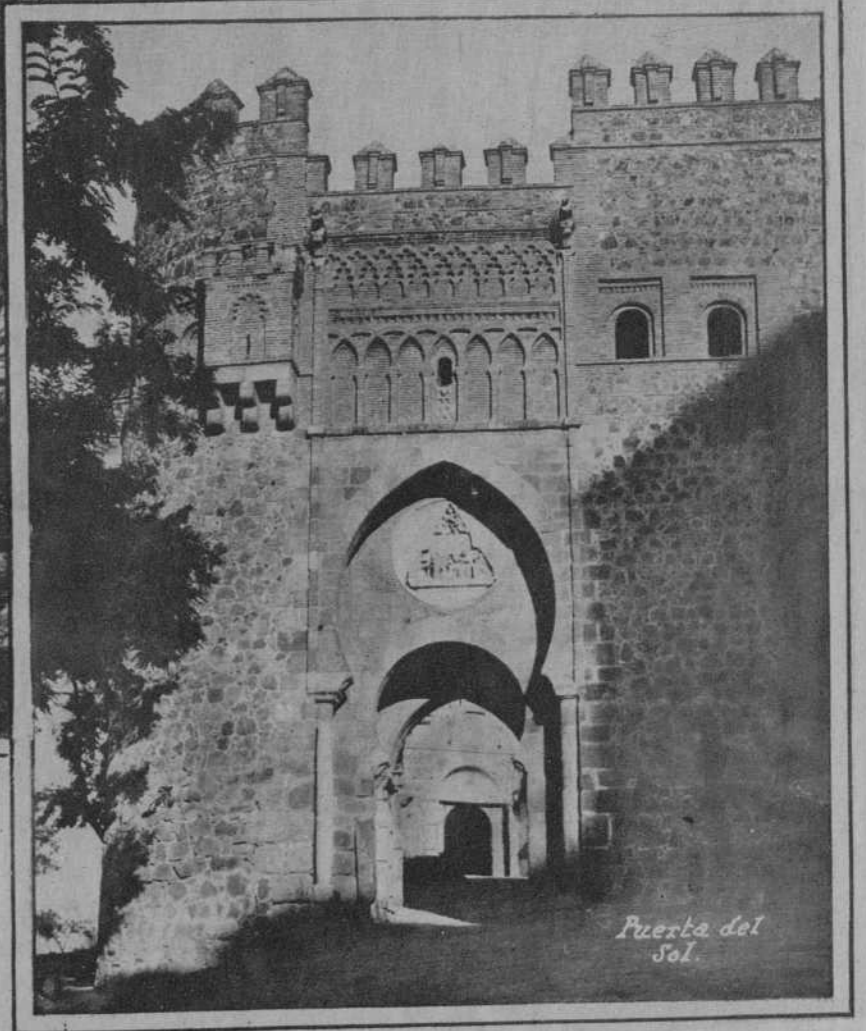
Claustro de S. Juan de los Reyes.



Puerta de S. Juan de los Reyes.



El puente de Alcázar.



Puerta del Sol.

Estos dias Toledo - que ha agotado con todas las literaturas, todos los adjetivos - ha visto rota su solida por el Congreso Eucaristico. Y otra vez ha aparecido, como ciudad imperial y sagrada.



*Las típicas
caserías
de
Guipuzcoa.*



Un paisaje sugestivo.



La especie carente.



Casa de labor en Villabona.



Caserío en Villaiba.



Un caserío en Villabona.

El país vasco, asiento de una raza fuerte, ofrece, en todas sus diversas modalidades, una dulzura patriarcal. En sus caseríos, blancos y rústicos, anida la tradición que perpetúa las energías de un pueblo recio y todo voluntad.

(Fts. Goitia).

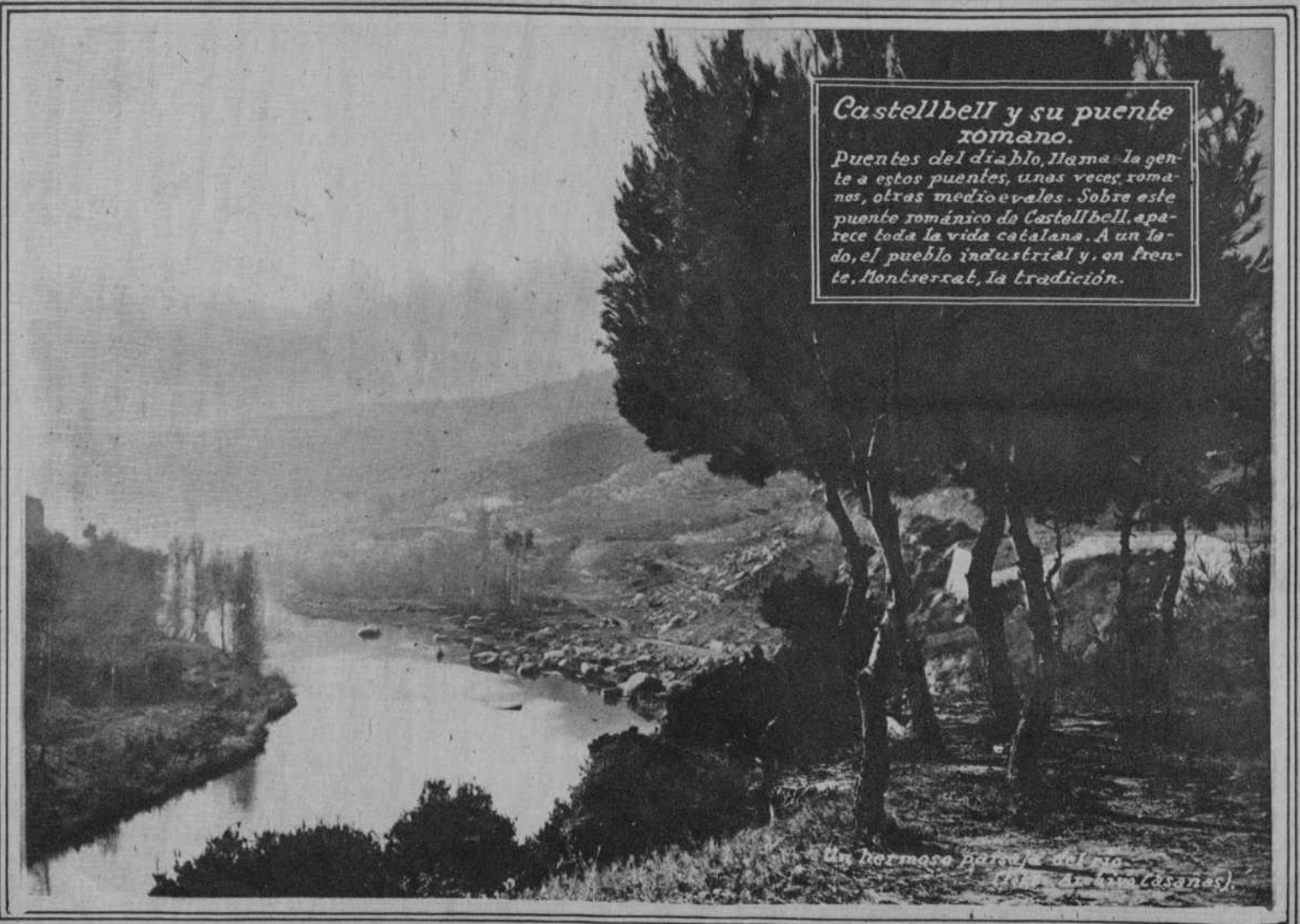
El lago de Puigcerdá.

*Uno de los atractivos
de Puigcerdá es su lago,
en el que los veranean-
tes hallan el "claur de lune"
de las noches románticas.*





El Puente románico.



**Castellbell y su puente
romano.**

Puentes del diablo, llama la gente a estos puentes, unas veces romanos, otras medioevales. Sobre este puente románico de Castellbell, aparece toda la vida catalana. A un lado, el pueblo industrial y, en frente, Montserrat, la tradición.

*Un hermoso paisaje del río
Llobregat (cerca de lasanas).*

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XIV

La singular locura del catalán extraordinario.

Pujol, el misterioso catalán extraordinario, fué durante aquellos días mi sombra, mi pesadilla constante.

Me salía al paso en la puerta del escenario, a la hora del ensayo.

Tropezaba con él a la salida del teatro, después de media noche, cuando su servicio en los billares del «Athineos», había terminado.

Un sentimiento de piedad hacia aquel hombre solitario, enigmático, triste, perdido en aquel país extraño, me indujo al principio a soportar con resignación su presencia. Después llegué a acostumbrarme a él y alguna que otra noche, terminado el espectáculo, hice que me acompañase a la mesa de un restaurant de noche, donde dábamos cuenta de mi modesta cenita de última hora.

La cordialidad que le prodigaba le ganó el corazón. Comprendí bien pronto que aquellas horas pasadas en mi compañía, constituían los momentos únicos de felicidad que transcurrieron en mucho tiempo para el infeliz.

Su vida solitaria, la humillante condición de su trabajo, la desoladora orfandad de afectos en que vivía y el sabor amargo que unos lejanos días dejaron, tal vez, en su recuerdo; todo ello, inudablemente, hacía que el singular personaje, me agradeciese con toda el alma, la intimidad de aquellas horas para él dichosas.

En sus ojos grises, aquella noche parhinchines, iluminados por un extraño fulgor, adiviné, bien pronto, un immoderado afán de confianza, como si con ella quisiera pagarme la intimidad que le dispensaba.

Su sonrisa más brusca, más intermitente que de ordinario, evidenciaba que la rara nerviosidad que de común le dominaba, era aquella noche más intensa, más abrumadora. Se negó a probar bocado, alegando haber comido tarde. Apuró dos o tres vasos de vino. Y esgrimiendo, por decirlo así, los dedos de sus manos prodigiosas de elocuencia, me espetó su relato:

—Habrá usted comprendido—empezó diciendo,—que no soy lo que pareceo. Trabajo de mozo de billar, porque es lo primero que me salió al paso al huir del hambre. Hay quien tropieza, en caso parecido, con la frezadera de un Hotel, con el andamio de una construcción o con el gatillo de un pistola. Un ex rico, sumido en el desamparo y en la miseria, no puede elegir una profesión. Peor que el cascote vil, peor que la bestia sin vigor, que el trasto desvencijado, el hierro quebrado roído por el orín, el vidrio roto y la madera carcomida, no tiene lo que ellos en el mundo de la actividad; un desti-

no utilizable de transformación por el horno, el fuego, la fundición, el matadero o el muladar. El desecho humano, peor que todos ellos, no es buscado, clasificado ni solicitado. Todo lo contrario. Se le teme. Se le esquivo, se le huye. Por esto, infeliz, se acoge a lo que le sale al paso, a lo que puede, como el naufrago al madero que, tal vez, sólo retardará por unas horas su perdición.

Para mayor desventura, en mi caso, yo tenía una profesión noble y honrosa, con la cual luchar y ganarme holgadamente la vida:

¡Soy médico, señor!... ¡Soy médico!

Doctor en Medicina y Cirugía,—añadió viendo mi gesto de asombro.—Cursé mi carrera en la Universidad y en el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona y después de doctorarme en Madrid pasé a ejercer por primera vez mi carrera en un pueblecito de la provincia de Lérida. Estuve allí dos años y ganado por mi afición a la cirugía, regresé a la ciudad.

Desde este momento—añadió sombrío—empieza la tragedia de mi vida. Llegué a ganarme un puesto honroso en la cirugía catalana. Pero pasados cinco años de lucha, de trabajo, de estudio, me sentí enfermo, sin fuerzas, abrumado por un extraño decaimiento físico.

Me acostaba, rendido. Me levantaba, extenuado. Ni los cuidados a que me sometí, ni el orden riguroso en que encerré mi vida, pudieron detener mi ruina física, mi resquebrajamiento intelectual.

No fui ya dueño de mi voluntad. Mi cerebro acuciado por los pensamientos más extraños, me hizo dudar de mí mismo y desconfiar de mi ciencia y de la habilidad de mi mano experta de cirujano. Comencé a sentir un vago temor, al principio; un miedo pavoroso, después.

La intervención más sencilla, me asustaba. Y con la cobardía, apareció en mí la crueldad. Una crueldad morbosa, delincuente, rayana en el delito, pero sin llegar a él. La traquetotomía, por ejemplo, como toda la cirugía de urgencia, llegó a tener para mí la voluptuosidad cruel de procurar no llegar a tiempo o de retardar el momento de la intervención salvadora. La laparatomía exploratoria, tuvo para mí el hechizo, el encanto irresistible, de los juegos de azar...

—¡Juro a usted por Dios!—añadió solemnemente,—que ningún vicio inconfesable, ninguna pasión desbordada, ninguna droga perturbadora, me llevó a tan lamentable estado.

Calló un momento. Se secó el sudor de la frente. Y prosiguió atropelladamente como queriendo acabar cuanto antes:

—Fue entonces que el jazz-band, con su endemoniada alarín de unos estridentes, heridores, crueles, apareció en Barcelona. El estribillo de un fox-trot que obsesio-

nó a la ciudad, se estereotipó en mi cerebro. Aquel extraño sonsonete, como el puñal de la meningitis, me hirió en la fibra íntima de la médula. Y la bancarrota de mi vida, no se hizo esperar.

La operación simplísima de auscultar a un enfermo, llegó a ser para mí, la cosa más torturadora. En el fondo de aquel pecho, en el corazón, cuyos latidos trataba de percibir mi oído investigador, se acusaba, no los ruidos peculiares o anormales de la viscera... se acusaba, leve como un soplo al principio, distinto y persistente, después, el diabólico sonsonete de aquel fox-trot maldito...

Creí volverme loco. No cabe tormento mayor en la vida. Abandoné mi carrera. Realicé mi patrimonio. Y huf. Huf a tierras extrañas. Prodigué mi dinero. Gasté como un Nabab. Pero el jazz-band demoníaco, obsesivo, triunfaba en todas partes. El sonsonete burlón, irónico, me perseguía, sin tregua ni descanso, en la calle, en el cabaret, en el teatro, en el restaurant, en la pianola del bar, en el fonógrafo que bajo el techo vecino turbaba mis menguadas horas de reposo... Me persiguió hasta que caí enfermo, materialmente derribado, en el Cairo.

Había acabado con mi carrera, con mi felicidad, con mi dinero... Pero no pudo acabar conmigo...

Calló el desdichado. De sus ojillos grises, fulgurantes, se desprendió una lágrima furtiva, mientras su «tic», jamás tan cómico-trágico como en aquel momento, dibujaba en sus labios la más alegre de las sonrisas.

Su relato me había impresionado hondamente. No pude disimular mi emoción. Salimos. En la calle solitaria, oscura, parecían deslizarse como fantasmas, los últimos trasnochadores. El cielo, sin una estrella, era un negro nubarrón inmenso. A lo lejos, en la ancha perspectiva de la Plaza de la Bolsa, entre faroles que la niebla hacía lívidos, se erguía como amenazadora, imponente, la estatua ecuestre de Mohamed-Alí.

Mi acompañante rompió el silencio y con su voz opaca y temblorosa, ya desprovista de toda emoción, me dijo, estrechándome la mano:

—Y aquí me tiene usted: ex médico, ex rico y casi ex hombre.

Se alejó el desdichado sin que acertase a dirigirle la sola palabra de consuelo, de esperanza. Le ví cruzar la plaza y perderse en la oscuridad.

Aquel singular personaje, más tarde, pasados unos meses, en tierras lejanas, debía cruzarse en mi camino. ¡Y! ¿de etaoinnn zarse de nuevo en mi camino. Y mis nervios habrín de volver a extremecerse con el sensacional relato de un nuevo capítulo de la novela de su vida, no menos extraordinario que el que he procurado transcribir con la mayor fidelidad.

ENSEÑANZAS

Un navío simbólico

Por MARCELINO DOMINGO

Los periódicos han dado publicidad a un hecho que merece ser remarcado y comentado. Es el siguiente: el haber cumplido el primer viaje entre Hamburgo y Buenos Aires un trasatlántico de veinte mil toneladas de desplazamiento y cuatro motores Diessel de dos mil caballos de fuerza cada uno. ¿No tiene ello importancia? Sí; tiene ya importancia el hecho de que en este momento en que hay amarrado en muchos puertos un buen número de barcos por no tener posibilidades de transportes, se construya un barco de estas dimensiones, capaz de competir con los mejores y mayores que hagan la misma travesía.

Pero no se reduce a lo apuntado el hecho. Hay más. Dicho buque alemán ha sido proyectado y construido para transportar únicamente emigrantes: 1,050 pasajeros pueden alojar holgadamente en sus cabinas. ¿Tiene ya ello importancia? El que pueda construirse en estas circunstancias un barco de tal cabida con la exclusiva finalidad de llevar hombres de Europa a América, prueba que Europa, reducidísima en su población por los estragos de la guerra, no puede sostener a sus supervivientes, y que América, indemne de la guerra, tiene aún espacio y medios de subsistencia expeditos; prueba que Europa va cada día de mal en peor y América de bien en mejor.

Pero hay más todavía. Dicho buque alemán tiene sus principales escalas en los puertos españoles del Atlántico y del Cantábrico: lo que descubre que la casi totalidad de los emigrados son españoles. ¿Se ve ahora ya toda la importancia de este hecho?

Enseña este hecho que la emigración española, no sólo se sostiene en su número, sino que aumenta: 45,691 españoles entraron solamente en la Argentina el año último. ¿No es ello una cifra reveladora del grado que alcanza la despoblación de España? Emigración que no puede justificarse como la de Alemania en un número excesivo de habitantes: la mitad de España está sin habitar; hay provincia que tiene catorce y quince habitantes por kilómetro cuadrado. Emigración que no puede basarse en la imposibilidad de ocupación; la mitad del territorio está por cultivar; está por explotar el ochenta por ciento del subsuelo utilizable; están por repoblar los montes; por canalizar los ríos; por habilitar con puertos las costas; por comunicar unos pueblos con otros con ferrocarriles, con carreteras o, siquiera, con caminos vecinales; está, en una palabra, España por hacer. Emigración que no puede explicarse en la ausencia de recursos del país o del Estado para llevar adelante estas obras; las cuentas corrientes y depósitos de los Bancos,

las cantidades que van a los empréstitos del Estado, prueban que el país es rico; el dinero que el Estado dedica a otras atenciones, una de ellas, por ejemplo, la de Marruecos, dice que el Estado es rico; y el país sería más rico si, a su capacidad de riqueza—tierra, subsuelo, ríos, montes—se le exigiera todo el rendimiento, como el Estado sería más rico si, en vez de impuestos indirectos y empréstitos, fundamentase sus ingresos en los impuestos directos y administrase y cobrase éstos con la máxima austeridad.

Enseña más este hecho de la emigración española: enseña que los que se van no son ingenieros como los que manda Alemania a Rusia para que pongan en orden aquellas industrias; ni financieros como los que envía Inglaterra a Yugoslavia, para que adviertan y encaucen las posibilidades económicas de aquellos países; ni profesores, como los que en bandadas van de Francia a todos los puertos de América; la emigración de proletarios hambrientos; de hombres que sólo van a alquilar sus brazos y a ganar un pedazo de pan. Con esos emigrantes españoles no va sino el testimonio de la miseria o de la desorganización del país que no les puede sostener. No es la emigración que representa un intercambio de cultura, ni la emigración de los Estados poderosos que en ella se convierten en metrópolis universales. ¿Que el Estado español no abona grandes cantidades a las Compañías marítimas españolas para que puedan sostener y cumplir los servicios que el Estado demanda de ellas? Recientemente se ha debatido en el Consejo de Estado el subsidio que una de estas compañías recibía y, aunque con el voto en contra de un par de consejeros, el subsidio no sólo ha sido ratificado, sino que ha sido aumentado.

De la emigración española se ha tratado infinidad de veces. Es un daño, pero es una realidad. Y si el Estado no se siente con aliento para reprimir sus causas, debería, por lo menos, encauzarla, apoyarla, defenderla.

Uno de los medios sería crear escuelas de emigrantes como las que tiene Francia en Marsella, como las que antes de la guerra tuvo Alemania y como las que, tan maravillosamente articuladas y dirigidas, tiene Italia. El emigrante sabría las condiciones del país a donde va; las costumbres, las posibilidades de trabajo; las cualidades y retribución de este trabajo. No iría a América como va ahora: ciego y solo, a la buena de Dios o entregado a las Agencias explotadoras del emigrante, que tienen con el blanco un trato tan cordial como el que tenía nuestra antigua trata de negros. Otro de los remedios sería facilitarles ventajosa-

mente el pasaje. ¿Qué negocio no debe ser el de los emigrantes españoles, que Alemania ha construido un buque inmenso con esta sola finalidad?

Las compañías marítimas españolas, espléndidamente socorridas por el Estado español, deberían pensar si a ellas no les incumbe ningún deber de conciencia ante este hecho que pone al descubierto uno de los trozos más vivos y sangrantes de la realidad española. El dinero que da el Estado, que es del país, de este país que en buena parte emigra, les obliga a algo.

¿Es que la importancia de la construcción de ese barco alemán se detiene aquí? No. Hay más aún. A medida que aumenta la emigración de españoles a la Argentina, disminuye la exportación de mercancías. Es decir: cuanto más es la Argentina un mercado de hombres españoles, es menos un mercado de géneros de España. En cambio, la emigración de alemanes a la Argentina disminuye de día en día y aumenta de día en día la exportación a la Argentina de artículos alemanes. ¿Qué causas, entre otras, han producido esta repulsión del mercado argentino a los géneros españoles? Una de ellas, la lentitud del transporte; otra, la carestía de éste. ¿Qué causas, por el contrario, han dado entrada y aumento a los géneros alemanes? La rapidez del transporte, unas, y la baratura de éstos, otras.

En concreto: este buque alemán de veinte mil toneladas y que se nutre de emigrantes españoles, lleva con el pasaje una gran cantidad de mercancía; mercancía que puede transportar casi de balde por la razón de cubrir el pasaje excesivamente los gastos de transporte. Es decir: que el emigrante español paga a Alemania lo que ésta necesita para vender en la Argentina el género alemán a buen precio y desalojar así del mercado argentino el género español. Más de nueve millones ha representado el año último el transporte de cuarenta y cinco mil emigrantes que han ido a la Argentina. Buena parte de esta suma, en vez de ir a las Compañías marítimas españolas, ha ido a Compañías extranjeras que, como esta alemana, encuentran con este ingreso un medio de conceder tarifas reducidas a los productores de su país que envían sus mercaderías a América.

Género alemán y emigrante español. Emigrante español pagando, inconscientemente, el transporte, el anuncio y la venta del género alemán... ¿Se ve ahora ya toda la importancia del hecho de este buque de veinte mil toneladas que ha cumplido su primer viaje de Hamburgo a Buenos Aires?

Este buque es, sencillamente, un pregón de la Historia de España.

LA EMPLEADA

Por ERNESTO MORALES

Cuando don Crisóstomo entró en su escritorio eran las siete de la mañana; el peón le dijo que esperándole estaban dos jóvenes y una señorita. Don Crisóstomo necesitaba un nuevo empleado para su negocio, y había puesto un aviso en los diarios para las diez de esa mañana; sólo eran las siete y ya había pretendientes. A don Crisóstomo no le satisfizo aquella falta de puntualidad. Dijo al ordenanza:

—Están citados para las diez, puede decirles a esos jóvenes que sólo a esa hora podré atenderlos. Haga pasar a la señorita.

Y don Crisóstomo, cachazudamente, comenzó a rasgar sobres y leer cartas.

El ordenanza volvió a entrar precediendo a una señorita.

—Señor—dijo—, aquí está la señorita.

Don Crisóstomo levantó la vista de sus papelotes y se puso con la gracia de una muchacha rubia de no más de veinte años. Sintió una agradable sensación, una sensación de placidez y frescura.

—Tome asiento, señorita; ¿qué desea usted?

La rubita, señalando un periódico que llevaba:

—He visto, señor, que usted pide un empleado, y he venido.

—Efectivamente, necesito un empleado; pero no una empleada.

—Es trabajo de escritorio, supongo.

—Sí, señorita.

—Estoy segura (y a don Crisóstomo le agradó sobremanera la firmeza de tono de la rubita), estoy segura de poder desempeñarlo. Tengo muy buena letra, calculo con poco común habilidad, redacto bastante bien, y, ¿por qué no le de decirselo?, me creo inteligente y no falta de cultura.

—Está bien, señorita; pero...

Ella lo interrumpió:

—No dude, señor, se lo ruego a usted, tómeme, pruébeme; así usted supiera las circunstancias que me obligan a dar este paso, si usted supiera!

Don Crisóstomo sintió como si una onda cálida le recorriese el cuerpo desde los pies a la nuca, y por la espalda sintió, bien definido, un cosquilleo. ¿Qué sería, pues? ¿Qué sensaciones eran esas? ¡Y sentirlas él, don Crisóstomo, a los cincuenta años de edad! ¡Oh, qué absurdo era todo ello! Estaba ya a punto de responder que sí a aquella pequeñita ante la cual se sentía como maniatado; pero esta misma sensación de impotencia hizo que, súbitamente, sin saber por qué, puesto de pie, como indignado, don Crisóstomo sugiera a la muchacha:

—Señorita, me es imposible, imposible, tomarla a usted!

A ella le saltaron los lagrimones a la cara:

—¡Señor!—suplicó.

Iba a continuar hablando; pero un sollozo y recia voz del amo la interrumpieron. Rugía don Crisóstomo:

—¡No, no, es imposible, imposible!...

De pronto, se dió cuenta que era ilógica su exaltación y sentóse, calmado. Ella pudo hablar, hablaba llorando:

—¡Señor, se lo ruego, tómeme usted, se lo ruego por lo que usted más quiera, por su mujer!...

—Soy viudo.

—Por sus hijos!

—No los tengo.

Don Crisóstomo sentía que el raro cosquilleo de antes se había apoderado ahora de todo su cuerpo, sentía más palpablemente aún la sensación de su impotencia, habló por fin:

—Está bien, señorita, la tomaré a usted, la tomaré violando todas las costumbres de la casa ¿Cuánto desea ganar usted?

—Lo que usted quiera, señor.

—Bien, le daré cien pesetas para empezar, ¿eh?

—Sí, señor, sí.

—Bien. Venga usted mañana, a las ocho.

Y don Crisóstomo se puso de pie; ella, imitándole, le alargó la mano, una manecita sedosa que se perdió entre la velluda diestra del patrón.

—Gracias, señor; muchas gracias; si supiera usted el bien que me ha hecho. Muchas gracias, hasta mañana, señor, hasta mañana.

Y se fué, se fué rosada, alegre, linda.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, don Crisóstomo entraba a su escritorio. Ya estaba allí la muchacha esperándole. Irguióse al verlo, y con una deleitosa sonrisa, y como reconviéndolo:

—Yo estoy aquí. Menos días, señor.

—Buenos días, señorita. ¿Hace mucho que espera?

—No hacen días, mi atos.

Llevó a la muchacha ante un pupitre y comenzó a enseñarla:

—Ve, todos los días, lo primero que usted hace es copiar estas cartas con esta tinta, ¿sabe?...

Y don Crisóstomo sintió una clara sensación de felicidad enseñando a aquella chiquilla linda, delicada y que aprendía todo. Casi le dijo un madrigal al retirarse:

—Parece que sus ojos volasen y lo atraparán todo en el aire. ¡Qué pronto aprende usted, señorita!

—¿No se lo dije, que era muy inteligente?

—Sí, sí, lo es... lo es...

Una semana después:

—Señorita, he pensado que era poco el sueldo que le asignara, en vez de cien pesetas, le daré a usted doscientas, señorita.

—¡Ay, señor, cuánto se lo agradezco, cuánto! ¡Es usted muy bueno, señor!

Al mes:

Don Crisóstomo, entregando un sobre a Carlota, sobre que contenía el sueldo:

—Señorita, he aquí su dinero.

—Ay, señor, muchas gracias; no sabe usted las bendiciones que le voy a echar mamá. ¿Quiere creerme una cosa? Todas las noches le hace rezar a mi hermanita un padrenuestro por usted.

—¿Por mí?—se asombró don Crisóstomo.

—¿Y por qué no? Yo le he contado todas las tenciones que usted tiene para conmigo. Usted, más que mi patrón, viene a ser como un padre para mí.

«Ya hace dos meses y cinco días que la conozco—se decía don Crisóstomo—; dos meses y cinco días. No, esto no puede continuar así, ¡no puede!»... a patada en el suelo, con la que le pareció recobrar su dignidad encerrada. «Hoy terminaré esto!»

Aquella noche, don Crisóstomo la había pasado en ella, nerviosísimo. Al pagar la luz y disponerse a dormir se confesó a sí mismo algo que lo llenó de terror, confesó que estaba enamorado de su empleada.

—Enamorado, enamorado—se repetía—, enamorado.

Se veía en ridículo declarándose y siendo rechazado por ella. ¡Oh, el ridículo lo atormentaba! «Es como un padre para mí». Recordaba la frase de ella, y eso lo desanimaba.

Se vistió apresuradamente, y echóse a la calle. La aruga de la frente se le había puesto profunda y el ceño terriblemente contraído. Cuando entró en su escritorio ella ya estaba allí, acababa de llegar y quitábase el sombrero. Don Crisóstomo le hizo una seña:

—No se quite el sombrero, tengo que hablarle.

—¡Amí!, señor, me asusta. ¡Tiene una cara usted hoy!

—Es que estoy disgustado. Tengo que decirle una cosa muy desagradable.

—¿Qué, señor?

—Que no puedo tenerla más en mi escritorio.

—¿Qué?

—Que me veo en la obligación de despedirla a usted.

—¡Me despide! ¿Y por qué, señor?

—Le confesaré a usted. El negocio mermado, me veo en la obligación de despedir empleados, usted y dos más que son los más nuevos...

Y se quedó con la palabra en la boca, porque la muchacha le había gritado:

—¡Señor Lucas, yo no voy!

—¿Que no voy, usted dice?

—¡No, no me voy, no me voy!—respondióle ella con agresiva actitud.

—Solamente que se lo agradezco.

—Me quedo gratis.

—¡Bah!, eso es un absurdo. Mire, señorita, ya sé que usted necesita del empleo, yo me comprometo a hacerla emplear, mañana mismo en casa de...

—¡No, no, no hable más no, no! ¡No me voy!

Don Crisóstomo tuvo un ademán desesperado.

—¿Pero por qué razón no quiere irse?

Y ella, ágil, con el ademán de un esgrimista, le lanzó la respuesta:

—Por la misma razón que usted me despide.

Se quedaron mirándose a los ojos. Don Crisóstomo a la manera de un niño que ve un juguete por primera vez, ella con serena y dolorosa expresión. Quedaron unos segundos, y él vio que de los ojos dulces y celestes rodaban dos lágrimas, dos lágrimas muy grandes que se fueron rodando por las mejillas... Y don Crisóstomo, con ademán de galancete de cinematógrafo, trémula la voz, preguntóla:

—Entonces... entonces... ¿Usted me quiere también?

—Sí.

Ella no dijo más; pero era un «sí» claro, cristalino; y rompió a llorar con las dos manos sobre la cara.

Don Crisóstomo la consolaba, besaba sus manitas... Y ella dejó de llorar para sonreír, tuvo una sonrisa extraña de felicidad, una sonrisa pícarosca; la sonrisa irverosímil que podría tener una mariposa al verse devorar por un tiburón.

DE LA VIDA PINTORESCA

BONIFACIO O EL PODER DE LA ORATORIA

Por SANTIAGO ESPINEL

Conoci al joven Bonifacio en la plataforma de un tranvía. El pobre iba pegado a las faldas de su madre, una señora exuberante y fresca con cara de tendera acomodada. El infeliz miraba a los pasajeros con ojos azorados. Estaba acatarrado y se llevaba con frecuencia el pañuelo a la nariz. Si se sonaba, su madre solía reprenderle:

—Bonifacio, ¡por Dios!... ¿Qué haces?... Esto no está bien.

El mozo bajaba los ojos avergonzado y ocultaba el pañuelo como si se tratase de un puñal.

La madre no le perdía de vista.

—Bonifacio, ¿qué miras con tanta insistencia?

—Miraba el cigarro que fuma ese caballero.

—Esto no está bien, Bonifacio.

El cobrador del tranvía se iba acercando.

—Anda Bonifacio, quiero que pagues tú. Esto es cosa de hombres. Espera... Te voy a dar los veinte céntimos. ¡Anda!... ¡Paga! Bonifacio pagó.

—Mira, madre: un capicúa.

—Los chicos formales no deben de reparar en estas tonterías, Bonifacio.

El pobre chico estaba cada vez más azorado. Sin duda se dio cuenta de que yo le observaba. Acabó por clavar en el suelo sus minúsculos ojos grises de cochinillo bien cebado.

—Abrochate la americana, Bonifacio.

—Me viene estrecha, madre.

—Los buenos hijos no replican. He dicho que te abroches.

Bonifacio se abrochó los cinco botones de la antigua americana heredada sin duda, de su padre. Le venía muy ceñida y las solapas eran estrafalariamente breves. Se trataba de una chaqueta color marrón ribeteada de negro. Completaba esta indumentaria un cuello de pajarita, un plastrón de damasco granate, un pantalón negro reluciente, unas botas amarillas y un hongo gris. Su cara recordaba la de esos maniqués de cartón, o mejor dicho, caricaturas de maniqués, que suelen tener a la puerta los bazares de los barrios bajos. Mofletes, nariz remangada, boca grande y orejas descomunales. A no ser por las orejas, el hongo se le hubiera hundido hasta las espaldas.

Mientras estaba observando con atención al anonadado mancebo, paró el tranvía para que subieran dos muchachas emocionantes. Se trataba de dos morenazas suculentas que si herían con la mirada, arrebatában con las perfecciones de sus cuerpos, más ostensibles gracias a los trajes de seda que hacían resaltar morbideces y a la corteza de faldas y mangas que mostraban unas bien torneadas piernas y unos deliciosos brazos desnudos.

Bonifacio clavó sus ojos de cochinillo atollado en los cuerpos divinos de las viajeras. Yo le hice un guiño de estos que quieren decir:

—¡Vaya canela!... ¿Eh?

La buena madre se quedó aterrada.

—¿Qué miras, Bonifacio?... ¿Qué miras?... ¡Dí!...

—Miraba... miraba... a este caballero.

—¿A mí?... ¡Vamos, niño!... No seas hipócrita.

Y dirigiéndome a la santa madre del jovenzuelo la dije:

—El pollo, señora, miraba lo que un hombre no puede dejar de mirar. ¿Verdad Bonifacio?

Los pasajeros empezaron a tomar parte en la conversación.

—¿Lo tiene usted secuestrado, señora?

—¡Pero si el pollo ya tiene espolones!

La madre pellizcaba disimuladamente a su hijo. Y el pobre Bonifacio estaba rojo como moco de pavo.

Por fin, se apearon. Disimuladamente les seguí desde lejos para verles entrar en una cacharrería. Y como tardasen en salir, empecé a pasear por la acera de enfrente. Entonces pude ver que la madre modelo, era la mismísima dueña de la tienda.

El boticario de la esquina resultó ser amigo mío. Entré a comprar diez céntimos de pastillas de goma. Y me instalé en la rebotica charlando con él hasta el anocheecer.

—Bueno. ¡Que se repitan las visitas!... ¡Con las ganas que tenía yo de verle!... Hasta mañana. ¿No?

—Hasta mañana.

—¿De veras?

—Créame. No faltaré.

Cumplí la palabra. Mis visitas menudearon. Nuestra amistad se acrecentó.

Y una tarde lluviosa ví entrar, de pronto, a la cacharrería. La pobre mujer estaba fuera de sí.

—¡Ay don Serapio!... ¡Bonifacio se me muere!

Yo me oculté en un rincón de la rebotica.

—¿Que se le muere el chico?...

—Sí. Sospecho que se ha suicidado. ¿Qué hago?... ¡Ay, Dios mío!... ¡No me abandone usted don Serapio!

El boticario dejó la botica al cuidado de su mancebo y salió corriendo en compañía de su desolada vecina.

Luego supe que la cosa no tenía importancia. Con un vomitivo todo se arregló. Bonifacio se había tragado unas cerillas; pero, como ahora tienen tan poco fósforo, la intoxicación fué insignificante.

A los ocho días, mi amigo el boticario, me invitó a tomar parte en el ciclo de conferencias que había organizado la importante so-

ciudad «La Palma Recreativa de los tenderos de la barriada».

—¿Sabe usted—le dije—si asistirá la cacharrería?

—¡Ya lo creo!... No pierde una. ¡Con lo que ella desea que se instruya su Bonifacio!

Acepté. Y un domingo por la tarde, en que la sala de actos estaba rebosante, empecé así una conferencia:

«Damas y caballeros: Galantemente invitado por el distinguido farmacéutico de esta barriada, (¡Bravo!... ¡Muy bien!), vengo a tratar, ante tan escogido auditorio, un tema de palpitante actualidad que atañe (¡Muy bien!) a los padres de familia. Y principalmente al porvenir (¡Eso!) de vuestros hijos, tiernos retoños que se mustian con el calor del hogar cuando éste es exagerado. Se trata de demostrar que los hijos no son propiedad de los padres. (Alboroto indescriptible. El boticario: ¡Silencio!) Sí, ya sé que les queréis consagrados al desarrollo intensivo del comercio familiar. (¡Naturalmente!) Pero esto no quiere decir que algunas madres les deban de tener cosidos a sus faldas. (Nuevo alboroto) Me explicaré. El hijo no es un objeto. Es un ser pensante y volitivo. (¡Fuera!). Volitivo quiere decir que tiene voluntad. (¡Ah!). Tiene voluntad y personalidad propia que se acentúa, moldeándose, hasta hacerse inconfundible, al trasponer la pubertad. (¿Y la tienda?) En él está el sucesor. (¡Muy bien!) Pero un sucesor con fisonomía propia capaz de dar nuevos impulsos e insospechado desarrollo al negocio heredado de sus mayores. (¡Así se habla!) Pero eso de tener atados corto a los pollos casaderos...»

La conferencia duró una hora. Bonifacio se había ido separando del lado de su madre. Al terminar mi discurso, le ví charlando con la hija de la planchadora. Luego supe que aquella noche le había pedido la llave a su madre. Tuvo que intervenir el alcalde de barrio; pero el mozo se fué a la verbera. Y desde entonces se volvió charlatán, dicharachero y bromista. Ahora viste a la última moda, tiene novia y hasta sabe bailar el charleston.

En el barrio, como es natural, se comenta la transformación del cacharrerito tímido. Y los más avanzados dicen muy ufanos:

—Esto se debe a la conferencia de aquel caballero que nos recomendó el boticario. ¡Y todavía dirán de la instrucción!... Con unos cuantos conferenciantes como él, se transformaba toda la barriada.

He tenido que dejar de ir a la rebotica de don Serapio. Las polleras del barrio me piden una conferencia sobre las virtudes del matrimonio. Los casados otra sobre las excelencias del divorcio...

¡Ah, si uno tuviera fuste de redentor!

Narración para las mujeres de hoy

Novela corta por JOSE LUIS SALADO

El reloj de pesas dejó caer siete campanadas. Siete campanadas iguales que cantaron en el silencio de la habitación con un ritmo claro y argentino, como de cristal.

Tía Victoria suspiró. Alzó luego la vista par acontemplar la esfera redonda y amarillenta del reloj. Y, dirigiéndose a mí, dijo, con una vocecilla tenue, casi imperceptible, que un hábito de remota tristeza empañaba:

—Las siete. ¡Qué pronto anochece ya!...

El crepúsculo asomaba ya, ciertamente a los balcones. Con un gran silencio. Con un cortejo temeroso de sombras...

Crepúsculo anticipado, además por la lluvia. A la melancolía del poniente, juntábase la tristeza de las nubes cárdenas, de las nubes preñadas de agua tormentosa. Durante toda la tarde, la lluvia no había cesado un solo momento. ¡Tristeza sollozante, tristeza literaria, la de la fina y lenta llovizna cayendo sobre las piedras doradas de la ciudad secular!...

Yo sentía clavada esa tristeza en el corazón. Clavada como una espina, como una saeta. Mientras, abajo, en la calle, el ruido de los zuecos aldeanegos al chocar con las losas brillantes de lluvia, aumentaba mi rabia...

(Un paréntesis... Yo era, entonces, un estudiantillo impaciente y loco que abandonaba todos los libretos de texto por ir tras un perfume de mujer bonita. Carmela y Amparo me parecían mucho más interesantes que Linneo. Y quien dice Amparo y Carmela, dice Teresa y Maruja. Linneo, el pobre Linneo, no tenía los ojos azules de Carmela, la boca en flor de Amparito, las largas trenzas rubias de Maruja... Pero había que estudiar. Con o sin Carmelas y Amparitos. A fin de cuentas, yo tenía el deber de presentar a mi padre un puñado de notas buenas. De «notable» para arriba, cuando menos. Y aquel año se me presentaba fatal. Carmela y Amparito, del brazo, aliadas, daban la batalla a Linneo. Y lo vencían... Yo no podía estudiar en Madrid, tan cerca del peligro, tan cerca del terrible perfume seductor... Y mi padre, varón prudente, me había «facturado»—digámoslo así—con rumbo a aquella ciudad dorada y vieja, donde, para fortuna de estudiantes desaprensivos como yo, se alzaba la mole de una Universidad tolerante. Y donde vivía la hermana mayor de mi padre. Tía Victoria. Una viejecita dulce, discreta y piadosa. Como una de esas damas venerables—los ojillos vivos y alegres, la tez amarillita y arrugada, los cabellos grises desbordando de una cofia de nipsis—que hallamos, de vez en cuando, en los dibujos de Federico de Madrazo...)

...y tía Victoria me animaba aquella tarde de lluvia y de fastidio:

—¿Te aburres, sobrino? ¿Por qué no sales un poco?...

Protesté malhumorado. Tenía el rostro pegado a los cristales del balcón. Y podía ver cómo, por ellos, seguían resbalando los diamantes temblorosos de la lluvia. Protesté:

—¿A dónde voy a ir con este aguacero?

—Al café.

—¿Al café?... No habrá nadie. La gente de aquí no sale de su casa en cuanto comienza a llover.

Verdad. La lluvia tenía en la ciudad dorada un significado, una expresión diabólica de muerte. Vacía la ciudad. Dejaba solitarias sus rúas. Y, sobre ellas, el cielo gris tenía una tremenda emoción de lápida mortuoria...

Tía Victoria tuvo entonces, un gesto malicioso. Y:

—¿Por qué no estudias?—me dijo—Mira que ya va faltando poco para mayo...

Reí:

—¿Estudiar?... Pero, tía, ¡tú estás dispuesta a conseguir que yo me suicide!...

Una pausa. Un silencio breve. Y resonando en él—dos ritmos constantes y acordes: el del reloj, el de la lluvia... Y la sombra de la noche asomándose, negra, al balcón...

Hablé otra vez:

—¿Si siquiera hubiese por ahí, alguna novela!...

Tía Victoria se levantó. Vino hacia mí con un «frú-frú» de sedas viejas. Puso una mano—una mano pálida, casi exangüe—en mi hombro derecho. Me miró un momento a las pupilas. Y, al cabo, díjome con un acento entre alegre y nostálgico:

—¿Y si yo te proporciono una novela?... La novela de mi vida. Nada menos, sobrinito Eduardo, nada menos...

En mis ojos debió arder una luz de asombro. Por cuanto tía Victoria, un tantico ofendida en su categoría de autora de novelas, se creyó en el caso de explicar su ofrecimiento. Parece ser que la tía había confiado al papel sus impresiones de mujer casada. Era, el suyo, un «diario» ingenuo, romántico. No ese «diario» pecaminoso de las colegialas francesas «al estilo» de Claudina, «diario» todo florecido por las rosas equivocadas de Lesbos...

—Lo escribí—añadió tía Victoria—en mis ratos de soledad, que fueron bastantes. Tú sabes bien, sobrino, que tu tío Alfonso, que santa gloria goce, no me hacía mucho caso.

Y allí—siguió refiriéndome—allí, en una gaveta de vieja y olorosa madera, tenía guardado un cuadernito con las tales impresiones de su casorio. Lo guardaba como una reliquia. Lo guardaba con un medallón en que había unos cabellos de tío Alfonso; cabellos dorados, de un oro mortecino y fugitivo. Y con unos retratos amarillentos. Y con un abanico que tenía escrito un madrigal para tía Victoria... Todo borroso, pálido de melancolía y de vejez...

—¿Quiéres—preguntóme tía Victoria—que te lea algunos fragmentos, los más interesantes de mi «diario»? Te lo propongo como un remedio contra el aburrimiento...

Acepté el remedio. Fuera, en al calle, ya ensombrecida de noche, la lluvia seguía cayendo...

Tía Victoria encendió la lámpara que había sobre la gaveta. Se sentó ante el mueble. Abrió un cajón. Extrajo de él el cuaderno de marras. Lo hojeó, complacida, dichosa, nostálgica. Aspiró en unos segundos su perfume; perfume de sándalo, de rosas marchitas... Y me dijo, un poco conmovida:

—Escúchame:

En el reloj de pesas, cantó una campanada. Una campanada que resonó en el silencio de la habitación con un eco claro y argentino, como de cristal.

Tía Victoria insistió:

—Atiende, sobrinito...

Y con una voz pausada en que temblaba cierta sombra vaga de nostalgia, comenzó a leer así:

«Martes, 3.—Alfonso ha llegado a Neblinosa. Papá me acaba de dar la noticia. Por él sé también que Alfonso se hospeda en el Hotel Europeo. No sé más detalles. Pocos son. Pero con ellos queda ya saciada mi curiosidad.

Mi marido en Neblinosa... La noticia es un fuego que aviva, que enciende con nuevas llamaradas la brasa que estaba como muerta en lo más recóndito de mi corazón. Alfonso en Neblinosa... Y ha llegado de una manera silenciosa. ¡Y yo que esperaba verlo aparecer de un modo teatral entre una apesadumosa llamarada de azufre, ni más ni menos que si se tratase de un Mefistófeles de ópera!... Y, no sólo no ha venido así, sino que, por el contrario, ha llegado calladamente, un poco «a lo pirata», sin alharacas, sin estruendos, como uno de esos vulgares excursionistas que—Bedecker en mano—se extasían ante las piedras amarillentas y venerables—todas felseñeadas por los penachos verdinegros de la lluvia—de esta vetusta ciudad... Y ese—el silencio—es precisamente lo que más me inquieta en la llegada de Alfonso. Ya vino otra vez en silencio, y me embrujó, me envenenó para siempre!...

Pero miento cuando digo que me inquieta la llegada de mi marido a Neblinosa. En realidad no existe—en mi espíritu—esa inquietud. Siento sí, una secreta comezón, un anhelo íntimo y confuso por averiguar cuál puede ser el motivo que trae a Alfonso—hombre frívolo enemigo de los libros y de las piedras viejas—hasta estas tierras de niebla y de lluvia...

¿Alguna aventura de amor acaso?... Sí. Es lo más probable. Y, sobre todo si se tiene en cuenta la diversidad amorosa de mi marido, siempre sugestionado por el perfume de la mujer que pasa... Pero no; no es posible. ¿Quién iba a ser ella, aquí en Neblinosa, en esta ciudad levítica, donde el hogar aprisiona a la mujer como entre las murallas infranqueables de un serrallo oriental?... Aquí, en Neblinosa, las mujeres no salen a la calle... Y, si salen—los días «que repican gordo»—no se dejan acompañar por ningún hombre. Con lo que ya se expresa la serie de trámites oficiales y oficiosos

que ha de seguir el mancebo atrevido a quien enamora una doncella de esta tierra. ¿A que Alfonso viene por...? Tampoco; parece tonta... Yo soy, precisamente, la única mujer que mi marido no puede venir a buscar...

Y, sin embargo, una voz tentadora—la voz de mi corazón—me dice que no me engaño, que los brazos de Alfonso se tienden, vibrantes de amor, hacia mí... Definitivamente soy tonta. He de confesar que me alegro, que— a pesar de todo—me llena de un íntimo contento la llegada de mi marido. Es más: me parece que mi alegría se transmite, como una dorada claridad de sol a todo cuanto me rodea... El ruido de la lluvia al chocar con los cristales del balcón, tiene ahora para mí un ritmo cantarín de fiesta, y nunca, como en estos momentos, me ha parecido tan voluptuosa, tan intensa la fragancia de la tierra mojada... Tierra húmeda, tierra que se abre como una novia a la caricia lenta del orvallo...

Contenta, «a pesar de todo»... Es un poema, todo un poema la frasecita. Por que no obstante mi alegría de ahora, mi marido es un canalla, un cínico que me traicionó a los pocos meses de casada... Y me engañó lamentablemente, con «una cualquiera» sin reparar en mí, en su esposa, en María Victoria, que estaba muertecita de amor por él... Pero no fué esto lo peor; lo peor fué que, al poco tiempo la «cualquiera» de marras desapareció para dejar paso a otra compañerita de aventuras. Y esta fué sustituida por otra, y así sucesivamente... Mi marido iba de traición en traición... Hasta que un día, yo me decidí a invocar mis derechos de esposa:

—Oye—le dije a Alfonso,—¿tú crees que yo puedo pasar en silencio tu manera de proceder para conmigo?...

Me miró sonriente, sin alterarse en lo más mínimo. Y luego, con una sabia y estudiada lentitud, vertió en mi oído las palabras indiferentes:

—¿Te refieres a «lo» de Julia?

Julia era entonces su amiga.

—¿Te han contado ya «lo» de Julia?—insistió, con una sonriente frialdad mi marido.

Yo salté entonces indignada. Precisamente lo que yo deseaba era eso: saltar, protestar, chillar, alborotar mucho para verter después unas lagrimitas tímidas... En suma: yo quería desfogarme, expulsar de mis nervios—siempre rebeldes, enfiebrados siempre—aquella rabia mortal que palpita en ellos...

—¿«Lo» de Julia?—rugí—Sí, me lo han contado ya... «Lo» de Julia, y «lo» de Carmen, y «lo» de Lola, y...

Cortó él con un sencillo ademán toda mi retahíla. Y siempre sonriente, con una sonrisa que le iluminaba el rostro con un claro resplandor, se apresuró a disipar mis temores. Me llevó hacia él, me miró, leal, a las pupilas doradas—«dos moneditas de oro», según su frase—y poniéndome ambas manos sobre los hombros, me dijo con un tono alegre y cordial:

—¡Bah, nenita!... No hagas caso de lo que te cuenten amigas oficiosas...

—¿Es que me vas a negar «lo» de Julia?

Me miró. Y con otra sonrisa:

—No mujer... Pero quiero que te des cuenta de lo que para mí representan todas esas mujeres que acabas de nombrarme... Son como posadas donde gusto de descansar un poco para levantar el vuelo enseguida... Tú, en cambio, eres el hogar, la pasión segura, lo de siempre... A ti vuelvo en mis derrotas sentimentales, y de ti marchó cuando me asalta de nuevo la tenaz fiebre de amar que me roe el corazón... En suma: las otras son los amorfos, y tú eres el Amor. El Amor con mayúscula...

«El Amor con mayúscula»... «El hogar»... Me convenció, me aturdió, me sugestionó con el torrente de sus frases, cálidas como un buen vino andaluz. Y claro está—su elocuencia no fué sino un buen pretexto para seguir haciendo lo que le venía en gana. Pasaron unos meses. Mis amigas tornaron al asalto con nuevas noticias que a

otra menos enamorada que yo, habrían prendido en fuegos de indignación. Pero a mí me era ya todo igual. ¡Y con qué amor, con qué cándido e ilusionado amor seguía yo enamorada de mi marido!... Tan enamorada, que si no hubiera sido por papá—por mi buen papá que impuso la separación amistosa y me trajo a la finca que posee en esta ciudad venerable y marinera—yo habría aceptado los engaños constantes de Alfonso como cosa natural, como un juego lógico, siempre que él no se olvidase de besarme también a mí...

Y me encerré en Neblinosa cara a la esmeralda magnífica del mar.

Me encerré «para olvidar». Y el mar—símbolo de aventura—me trajo el tedio, pero no el olvido. El olvido, esa especie de cauterio que es la suprema esperanza de papá.

—¿Olvidas?— me pregunta el pobre de vez en cuando. Y sus ojos me miran inquisitivos.

—Olvido—le respondo con el ritmo monótono de quien repite una lección que no domina bien.

Pero yo sé muy bien que mis labios mienten. Porque en el corazón tengo una llaga que no se ha cerrado aún. Y acaso no se cierre nunca...

...Alfonso está ya en Neblinosa. Quizá sea esta la única solución al problema: un buen final para la comedieta romántica en que estoy actuando de protagonista. Comedieta que, a la usanza clásica podría titularse así: «La casada sin esposo o Un alma que muere de amor»...

«¿Que muere?»... No. Tal vez sea el título un poco pesimista, un poco amargo... Nada de muertes. Mi marido está en Neblinosa; vive ya entre estas mismas piedras amarillentas que son cárcel de mis angustias. Y no sé por qué tengo el dulce presentimiento de que él, supremo médico, viene a traerme la panacea salvadora...

Miércoles, 4, por la mañana.—Entre mis manos tengo la carta, su carta... Dice así:

«María Victoria: Ya habrás comprendido que vengo a Neblinosa por ti. En un año de separación me he convencido de que la única mujer que me quiere de verdad eres tú. Las otras las de los «idilios de quince días» se van sin dejar huella de su paso... En cambio, tú, María Victoria, eres la sola mujer que ha dejado una fragancia permanente en mi corazón... Quiero hablarte. Tengo infinita curiosidad de tu vida, de tu posible felicidad de ahora. ¿Por qué no vas esta tarde a la Catedral? Sé que esa es tu costumbre. Nadie, pues, podrá sospechar nada. Yo estaré a las cinco frente a la puerta que da a la calle de la Acebachería. ¿Irás? Apídate de mí, María Victoria... Tengo unos locos deseos de volver a besarte en la boca, después de no haber besado en un año más que tu recuerdo... ¿Te espero, María Victoria? Con todo el amor de tu ALFONSO»

De mi Alfonso... Mío, mío, completamente mío... Estoy loca de contento.

El amor viene otra vez hacia mí. ¡Se me debe conocer en la cara! No sé cómo voy a poder disimular cuando papá me mire a los ojos. Porque papá está alarmadísimo. El pobrecillo—¡tan bueno!—olfatea el peligro en todos los rincones, en todas las miradas, en todos los gestos. Se asemeja a esos mastines de las majadas pastoriles que, con sólo el olfato, advinan la proximidad del lobo asolador...

¡Pobre papá!... ¡Si él supiera que el lobo, tan manso como un buen corderito, está ya dentro del redil!...

«El mismo día por la noche.—¡Ea, ya estoy sola, ya no me persiguen las miradas inquisitivas, ya puedo entregarme «a mis anchas» al recuerdo divino de Alfonso!... La cena de esta noche ha sido un tormento, un martirio para mí. En realidad no sé cómo he podido disimular mi alegría. Papá no sale de su alarma. Alarma natural, claro está. El conoce bien a mi marido, y sabe que hay que esperar «algo» de su llegada; esta misteriosa y repentina llegada. Pero estoy segura de que hasta ahora no sabe más que eso: que Alfonso ha llegado a Neblinosa. Y en

cuanto a Bernarda... No sé por qué me da mala espina esta mujer. ¡Esos ojillos pitafiosos, siempre cargados de malicia!... No apostaría nada por la ignorancia de la vieja criada. Creo que ya se ha enterado de algo. Mañana trataré de sondear este mar, de aguas revueltas y difíciles...

Huelga decir que con tales alicientes, entre el noble recelo de papá y la malicia rústica de Bernarda, la media hora de la cena ha tenido, para mí, la duración de todo un siglo. ¡Qué media hora, Virgen de las Mercedes!... Mentira me parece que sólo hayan transcurrido treinta minutos—nada más que treinta minutos—desde que hizo su aparición la sopa hasta que irrumpieron, tal que un fragante regalo de la huerta las redondas y coloradas manzanas del postre. ¡Qué treinta minutos mortales, Dios mío!... Papá, acechando en mi rostro algún gesto, alguna huella delatora: la posible huella de los labios de «él»... Bernarda, mirándome con sus ojos que ya parecen «saberlo todo». Y yo allí entre los dos polos silenciosos entre las dos acusaciones tímidas... Un martirio, un tormento inacabable. Y menos mal que una jaqueca fantástica me ha librado del otro tormento: el de la sobremesa del de la conversación lenta que se prolonga frente a las tazas de café humeante y oloroso...

Y ya estoy sola. Sola en la perfumada intimidad de mi alcoba entre estos muebles de clara madera que fueron testigos de mis horas de soltería. Sola, dichosamente sola. Es decir: sola no. Tengo un acompañante. Invisible, callado como un espectro; pero lo tengo. Este acompañante es el recuerdo de Alfonso. De «mi» Alfonso...

De «mi» Alfonso... Mío sí. Aquí en Neblinosa, ningunos labios de mujer me robarán sus besos... Esta tarde me lo ha dicho con su voz cálida y apasionada, voz dulce—para mi espíritu—como un zureo de palomas... «Siempre, siempre para ti, María Victoria»—musitaba como un rezo pagano su boca. Y al oírlo, yo sentía que una sierpe de voluptuosa felicidad se me enroscaba perdidamente, al corazón...

Mío, completamente mío... Y es mío desde las cinco de la tarde, en que hice mi aparición en la calle de la Acebachería. Aparición que no me atrevo a calificar de triunfal; pero que a él debió sonarle a campanas de Gloria... Le miré ávidamente, con un ansia suprema y esperanzada—ansia de mi corazón—de que el Alfonso «de hoy» fuese como el de ayer como el que—en la vida melancólica del recuerdo—ha sido galán invisible de mis horas de soledad. Y hubo tal anhelo, tal imploración esclava en mis pupilas, que el mismo Alfonso me advirtió:

—Mujer, que estamos en la calle. Y no nos conviene darle que hablar a la gente.

Volví en mí. Y asustada paseé la calle con la vista. Calle fina y estrechuela, toda empedrada de finos guijos puntiaguados: calle zigzagueante que se alarga tal que un gusano, junto a las piedras venerables de la Catedral... Y arriba, sobre la doble hilera de las casuchas leprosas, la seda del cielo se tiende con su azul suave, tenue, desvaído. Reflexioné. Allí, en la misma calle, viven las de Agrela. Unas amigas mías que gustan—¡como tantas otras mujercitas aburridas!—del placer venenoso de la murmuración... ¡Oh, si ellas nos hubiesen visto!...

Entramos en la Catedral. El silencio—silencio profundo, místico, toda fragante de incienso—obró el milagro de volverme la razón.

—¡Oh, aquí en la Catedral!...—le dije temerosa a Alfonso.

Unas viejas rezadoras nos miraban, indignadas. Tal vez deseaban para nosotros en aquel momento el castigo fulminante de un rayo exterminador. Yo comprendí que tenían razón. Allí, en la Catedral, callada y tenebrosa—¡ah, qué densa la oscuridad, con sólo aquella lumbre de naranja y violeta en las vidrieras policromas!—allí, en las navas que tienen un aroma venerable de eterni-

dad, no debía, no podía florecer, la rosa pecadora de nuestro amor...

Alfonso habló:

—Salgamos al claustro—dijo.— A estas horas nadie nos estorbará en él.

Y salimos. ¡Qué contraste después de las profundas tinieblas de que salíamos, el de la luz dorada—claridad de sol otoñal—que invadía el claustro! Volví a mirar a mi marido. Le miré despacio con una larga mirada de esclava, segura de nadie vendría a interrumpir mi lenta y silenciosa adoración. Y luego, tuvo mi voz un temblor de suave tristeza:

—¡Oh, qué cambiado estás, Alfonso!...

El sonrió.

—Considera, nena, que ya ha pasado un año desde que nos vimos por última vez. Todo un año.

Torné a mirarle. ¡Oh, aquellos ojos—ojos de sultán «ojos de pirata guapo»—que ya habían perdido su antiguo brillo de gemas!.. En torno de ellos, las orejas ahondaban su huella lívida, su fatiga nazarena; violentas cárdenas del jardín de Afrodita, violetas que encendían en mi alma la llamada de una confusa tormenta de celos... ¡Picaro diablo este maridito mío, galán afortunado, que ha sabido infiltrarme en la sangre un venenillo ardiente de ansias inconcesables!...

Se estaba bien en el claustro. Sobre nosotros, en la torre, cantaban las campanas con la vibrante armonía de sus bronces heridos. ¿Cuánto tiempo estuvimos allí?... No lo sé. Sólo recuerdo que entramos a las cinco de la tarde y que, al salir, ya tenía la cúpula celeste esa palidez amatista del crepúsculo. De improviso me acordé de mi casa, de papá. Papá habría ya regresado de su paseo habitual por el puerto, todo lleno de rumores y de cánticos jubilosos en aquella hora: la hora del regreso, del retorno de los pescadores...

—Alfonso—le dije a mi marido—me voy... Pronto será de noche y yo no quiero que papá sospeche nada. Le diré que he pasado la tarde en casa de una amiga.

Me miró él. En sus labios floreció una interrogación:

—¿Mañana?...

—Aquí, a la misma hora de hoy...

Y me marché. Me marché feliz, con un taconeo gentil que era como el claro ritmo de mi alegría.

Y esta ha sido mi tarde de hoy. Tarde consagrada a las aventuras de un amor que vuelve a perfumar mi vida...

Estoy contenta. Muy contenta. Ahora, mientras escribo esta página memorable y dichosa de mi vida, contemplo, desde el balcón, el espectáculo del mar dormido bajo la azulada claridad de la luna. Las olas, mansas, tienen un verdoso fosforescer al romperse, con un trémulo susurro de sedas que se rasgan, contra las piedras del malecón. De súbito, una estrella—flecha de luz—se desprende del cielo y cae al mar...

Estrella errante, que es el símbolo de mi vida, de mi pasión de ahora... También en mi corazón, como otra estrella, va a caer en un mar insondable: en el amor, en los brazos de Alfonso...

Silencio. Tía Victoria descansó unos minutos. Yo me acerqué al balcón cuyos cristales estaban aún constelados por los brillantes de la lluvia. Abajo, la calle yacía en sombra, en silencio... Y, sobre ella, el cielo era una cúpula negra: negra de lluvia y de nocturno...

Tía Victoria preguntó:

—¿Qué sobrino? ¿Sigo con la novela?...

Yo contesté, complacido de veras:

—Sigue.

Y tía Victoria con su voz pausada en que temblaba cierta sombra vaga de nostalgia, reanudó la conmovida lectura:

«Martes, 10, por la mañana.—¡Todo, todo descubierto! Al fin ha sucedido lo que no tenía más remedio que suceder: que papá se ha enterado de mis conversaciones con Alfonso. Pero contra lo que yo esperaba, no se ha enfadado mucho. Temí por su ira

cuando, esta mañana, Bernarda me dijo con un tono sigiloso de misterio:

—Señorita María Victoria: dice su papá que no se vaya usted a misa sin hablar antes con él.

Debí palidecer, asustada. Cuando Bernarda se fué, corrí al tocador... Y el espejo me devolvió la imagen de una María Victoria empavorecida. Brillantes los ojos por la fiebre del sueño casi blancas—de tan pálidas—las mejillas, mi rostro tenía un «no sé qué», un atractivo dulce y lánguido de convalecencia. Parecía que yo acababa de salir de una enfermedad: una de esas fiebres largas—hijas de las voluptuosas noches cubanas—que rinden, que consumen como vampiros sedientos...

Y fui a ver a papá. Fui con susto con temor. Hay personas que no suelen enfadarse, pero que, cuando alguien las enciende, llegan—en su cólera—a extremos inverosímiles. Así, papá. Carácter dócil y sumiso, temperamento que por su suave blandura parece de cera, papá se enfada en muy contadas ocasiones. Pero cuando alguna contrariedad prende en su espíritu la llama de la cólera, se pone que da miedo. Un relámpago malo le fulge en las pupilas, terribles—con esa luz—bajo el negror aborascado de las cejas.

Yo tenía el temor de que papá se hallase esta mañana, en uno de esos momentos. Pero apenas le ví, apenas mis pupilas claras, se enfrentaron con las suyas, tornó la perdida serenidad a mi ánimo. No había relámpagos de odio en los ojos de papá. Sólo, una mansa niebla que los encristalaba de turbias lágrimas. Y de tristeza—también—estaba cargada su alma.

Habíó lentamente:

—¿Por qué no me dijistes nada, María Victoria?

Y ante mi silencio, prosiguió hablando. Sus palabras tenían un temblor serio y grave.

—¿Por qué no pusistes tu confianza en mí? ¿O es que quisistes guardar tu alegría para ti sola?... ¡Con lo que me habría complacido eso de enterarme por tus labios, del buen retorno de tu marido!...

Papá tenía razón. Mucha razón. Debí haberse lo contado todo.

—Claro,—mujer—insistió él bondadoso—Así me habrías evitado la vergüenza de tener que enterarme de todo por medio de criadas y de amigas oficiosas... Yo estaba ya en sospechas desde que Alfonso llegó a esta población. No le puse espías porque «eso» me repugnaba. Pero viví alerta; dormí como vulgarmente se dice, «con un ojo abierto y otro cerrado»... No fué preciso que yo me esforzara mucho. Unas amigas tuyas, las de Agrela, me dijeron que os habían visto a los dos cuando entrábais en la Catedral por la puerta de la Acebachería... Yo, sin embargo, callé. Esperaba una palabra tuya. Y hoy ante la insistencia de tu silencio, me he decidido a poner las cosas en su sitio. La gente murmura de vosotros. Y...

Una pausa.

—... Y esto, lo vuestro, vuestra situación, hay que arreglarlo de una vez.

No pude escuchar más. Y, humilde, poniéndole en la frente un largo beso, temblorosa la voz, el alma a flor de labio, le pedí perdón. Le pedí perdón en nombre mío. Y—también—en nombre de él. Estuve feliz. Mis palabras—¡Oh, yo me figuraba que era el abogado de Alfonso y lo defendía ante algún tribunal!—mi verbo cálido de mujercita enamorada, mis frases mojadas en tibias sales de llanto, convencieron a papá y lograron, no el perdón, que ya lo tenía concedido de antemano, sino la promesa de una alianza cordial, el anuncio de una especie de «conferencia diplomática». Marte y la Tierra al habla. Esto es, papá y Alfonso trazando las bases de una felicidad futura...

—Dile a Alfonso—habló papá—que esta tarde, después de comer, venga a charlar conmigo. Y si, en efecto, está arrepentido, si se «ha quitado la piel de lobo», nos pondremos de acuerdo...

Y luego, con una sonrisa, agregó:

—¿Estás contenta así, nenita?

Pues, ¿qué? ¿No voy a estarlo, si dentro de unos momentos, resonará la voz de Alfonso en esta casa, si su sola presencia junto a mí bastará a ahuyentar los fantasmas de tedio que me rondaban hasta ayer? ¿Cómo, con tanta felicidad acumulada en pocas horas, no voy a sentirme feliz?

¡Turbadora alegría la de estos instantes, que saboreo con una dulce voluptuosidad, como si fueran golosinas!... Alfonso va a venir de un momento a otro. Es más, estoy segura de que, en cuanto reciba el aviso que le he enviado al hotel con Bernarda, no voy a esperar siquiera a que den las tres, hora señalada por papá. ¡Ya lo creo!... Antes de comer, a la una, cuando todavía no humee sobre la mesa el oro de la sopa, ya le tendremos aquí, nuevo hijo pródigo. Y vendrá humilde, como un corderito, con esa mirada saya que fascina, que taladra, que rinde todas las voluntades... Y papá, le esperará en el umbral. Al principio, querrá hablarle con un tono severo, estirándose los puños y dando, de vez en vez, alguna de esas tosecitas graves que tan bien «hacen» en medio de un discurso... Pero pronto—¡pobrecillo papá!—no podrá disimular su emoción y, dando de lado todas las retóricas habidas y por haber le echará los brazos al cuello para decirle, un poquitin vacilante la voz: «¡Hijo mío de mi alma!»... Y yo, no menos emocionada descompondré el grupo y me llevaré a Alfonso para que vea la casa, «nuestra» casa...

Pero ¡ahora que caigo!... Estoy pensando en que yo, como buena esposa, debo adornar el hogar. Me haré la idea de que mi marido regresa de un largo viaje por tierras extrañas. ¡Pobre Alfonso! Hasta hoy, ha sido prisionero de los cuartos de hotel: cuartos hostiles, de paredes frías; cuartos inhóspitos sin corazón y sin historia... Conviene, pues, que hoy vea, por sus propios ojos, lo distinto que es vivir en casa propia, en el hogar, junto a una mujer «que está en todos los detalles»... De esta hecha, el barco aventurero anclará para siempre en el puerto, ganado por su paz, por su dulce quietud de remanso...

Voy a bajar al huerto. Quiero coger rosas para adornar la casa. ¡Rosas, muchas rosas, muchas rosas encendidas, muchas rosas amarillas, muchas rosas de nivel!... Que haya rosas en todas partes: en las mesas, en los búcaros de negro cristal, en los cacharros de loza de Sargadelos... Voy a reconquistar a Alfonso por el olfato... Que la casa entera le reciba con un perfume y una sonrisa...

«El mismo día por la tarde.—Las tres, las tres y media, las cuatro... Pero ¿qué le ocurrirá hoy al reloj. Parece que, escondido en su complicada armazón, un demonio maldito se complace en adelantarse la marcha de las manillas... ¿Cómo es posible que sean ya las cuatro de la tarde... Pues sí; ahí están, diciéndolo, las desesperantes manillas... Las cuatro, ya. ¡Y Alfonso, sin venir!...

Estoy nerviosa. Más que nerviosa, preocupada. No comprendo el retraso de Alfonso en acudir a una cita tan seria como esta. ¡Todavía si se tratase de otra clase de citas!... Un amigo que se interpone, el tranvía que se ha quedado sin corriente; cualquier cosa, en fin; siempre hay un pretexto, una excusa... Pero, ¿qué le pueda haber ocurrido a mi marido que justifique, siquiera sólo sea ante los ojos de papá, esta tardanza absurda? El no tiene amigos en esta ciudad; nadie, pues, puede haberle entretenido... ¿Y el café? ¡Ah diablos! No había pensado en él. A los hombres—y Alfonso es como todos los hombres—les gusta mucho pasar un ratito en el café. Comprendo, disculpo que mi marido tenga esta costumbre. Pero, vamos, no hay derecho a que hoy, precisamente hoy, Alfonso prefiera «el café del café» al que, como una

era de paz, le ofrecía papá... ¡Y yo que habría servido tan mimosa, tan contenta, tan contenta por volver a ser «la de ayer»!...

Bueno; me estoy perdiendo en un mar de conjeturas disparatadas, y todo porque no quiero convencerme de una dolorosa verdad que, desde hace una hora, me está sangrando en lo más escondido de mi corazón. Y la tal verdad es esta: que Alfonso no na querido venir...

Terrible, trágica certidumbre que pone en mis nervios un ritmo de angustia... ¡Oh!... Si alguien quisiera «hacer» ahora mi retrato, tendría que pintarme como a la Dolores: con siete puñales clavados en el pecho... Puñales de desamor, que son los que llegan más a lo hondo... Puñales de traición, pues que a traición—y muy cruel—me sabe el proceder de Alfonso...

«Desamor?... Pero ¿por qué, Señor, por qué?... ¡Si ayer mismo me juraba su pasión, si ayer me decía con lágrimas en los ojos, que yo le había regenerado!... «Junto a ti, María Victoria, soy distinto!... Del otro Alfonso, del malo, ya no queda nada... Tú, chiquilla mía, has hecho el milagro»... Esto me decía ayer mismo, y sus palabras me sabían a verdad grata, a ritmo de fiesta, a canción de venturosa alegría... ¿Cómo es posible que de ayer a hoy, haya cambiado de tan rotunda manera?... Nada; no lo comprendo... ¡Oh!... Creo que de tanto pensar, de tanto fantasear sobre lo que pueda haberle ocurrido, voy a volverme loca: la jaqueca, por lo menos, me taladra ya las sienes... ¡Qué tarde de angustia, Virgen de las Mercedes!...

Cinco campanadas... Cinco alfilerazos en mi impaciencia... Cinco nuevas lanzadas en mi corazón... Ya son las cinco de la tarde. ¡Y Alfonso sin venir! Parece mentira que pase tan deprisa el tiempo. Pero, ¿es posible que hayan transcurrido tres horas desde que terminamos de comer?...

—Oye, María Victoria...

Vuelvo los ojos sobresaltada. ¡Ah! Es papá. Me he llevado un susto. Un susto delicioso, claro está. Por un momento he pensado que es su voz. Su voz que viene a susurrarme palabricas mentirosas a mi espalda, cabe los ricillos desordenados y rebeldes de la nuca... Pero no es él; es papá que, cansado ya de esperar, se va a dar su paseo de todas las tardes...

—Oye, María Victoria... Yo me marchó. Como comprenderás, ese canalla se ha reído de tí. Y se ha reído de la manera más ignominiosa, abusando de que tú eres una pobre mujer enamorada, sin más amparo que yo. No me hables más de él. No quiero ni escuchar su nombre... Se terminó, se terminó la aventura, de la que supongo habrás sacado una triste experiencia. Alfonso es un cínico, y ni siquiera merece que nos ocupemos de él.

Y se va papá. Y yo me quedo sola. Sola en mi alcoba, cara a la trémula esmeralda marina. La canción de las olas—canción de siglos—parece que pone un ritmo a mi desventura. ¿Por qué será el mar, para mí, co-

mo un espejo de mis inquietudes? En una clara noche lunada, la lágrima luminosa de una estrella errante me dió el símbolo, la imagen gráfica de mi felicidad de entonces... Y ahora, en la melancolía de esta tarde sin amor y sin sonrisas, las olas cobran otra vez, valor de símbolos... ¡Ah, las olas!... ¡Cómo vienen desde el mar adentro; cómo vienen con un largo, rumor rumor sonoro, para morir luego entre una temblorosa agonía de espuma sobre las arenas rubias de la playa!... Así, mi ilusión de amor: Alta, vibrante, triunfal, henchida de claras promesas, al principio... Y luego, nada: el choque con la playa de la realidad: choque duro, brutal, en el que mi ilusión se hace añicos... Y, después, unas espumas leves: mis lágrimas de mujer que se vuelve a ver sola...

¡Ah! Ha sonado un timbre. ¿Será él? El corazón como loco, me brinca dentro del pecho. Ardo en brasas de impaciencia. ¿Será él? ¡Oh, no!... Es una carta; nada más que una carta...

Dice así:

«He pasado la mañana fuera de Neblinoza. Y ahora, al regresar al hotel, me encuentro con tu aviso. ¿Es que estás loca, María Victoria? ¡Volver otra vez a la vida conyugal, ese jardín donde yo no he cortado más que flores de tedio? Precisamente, lo que más me seduce ahora en tí, lo que más me atrae, lo que me sugestióna, lo que me encadena, como un esclavo, a tu voluntad, es la originalidad de este amor nuestro... Tú, mi esposa, viéndome a escondidas de la gente... ¡Y luego dicen que las situaciones arbitrarias no se dan más que en el teatro!... Maravillosas escenas de «vaudeville» francés, las nuestras María Victoria... Y eso es lo que me lleva hacia tí. Mi corazón, chiquilla, es como un lobo de mar. No gusta de los descansos largos, de las estadas monótonas en un mismo puerto. Todo lo contrario. Prefiere caminar siempre. Hacer del amor un viaje y nunca una estación definitiva una posada «para toda la vida»... ¿Comprendes nena?... Yo te espero esta tarde a las seis en mi cuarto del hotel. No sé si ahora querrás ir; pero... yo te aguardo».

¡Ah!... Ya sabía yo que Alfonso no podía dejar de dar señales de vida. Pero—la verdad sea dicha—no esperaba esta cartita que me pone entre la espada y la pared. Porque mi marido sabe muy bien que yo no puedo resistirme a sus mandatos; estoy envenenada, sugestionada, embrujada por él... «Embrujada»: he aquí la palabra justa, el término preciso.

Soy una paloma que languidece bajo el pico del alcotán. Pero ¡qué alegría la de sentirme esclava, con toda el alma rendida a la fascinación de unas pupilas que me enamoran!... Yo voy a Alfonso como van los ríos al mar: ciegamente... Si él me propusiera la huida, ahora mismo, sin una vacilación, encadenaría mi vida a la suya, uniría mi suerte a su suerte...

Y ésta es al espada. La pared, es mi padre. Y—con mi padre—el «qué dirán», la conveniencia social, la vieja y dramática

concepción del honor... Estoy entre Alfonso y la gente, «entre la espada y la pared», ¿Qué hacer? ¿Qué ruta seguir? ¿La que marca el imperio del corazón, o la que me traza la voz reflexiva de la conciencia?...

Mi marido me aguarda... Ya lo dice en su carta: «Te espero esta tarde, a las seis». Y, luego, añade con una suave ironía que no me ha pasado inadvertida: «No sé si ahora querrás ir; pero... yo te aguardo». ¡Dibólico «pero» que es—en la alegría de Alfonso—como la dulce seguridad de que irá!...

Me aguarda; me aguardan sus brazos, me aguarda su boca me aguardan sus ojos de «pirata guapo»... ¿Qué hacer?... Todo me empuja; todo me impulsa hacia él... Y no es, esto lo peor. Lo peor es que si no voy, si no acudo a esta cita decisiva, todo se habrá perdido. ¡Y, para mí «todo» es el amor de Alfonso!...

Iré. Iré, aunque murmure la gente, aunque se enfadé papá, aunque la calumnia afiló sus cuchillos para clavarlos en mi carne... Iré. Después de todo, en lo que yo hago, no hay sombra de pecado. ¿No soy la esposa de Alfonso? ¿No es él mi marido? ¡Pues entonces!... ¿Qué delito, qué acción nefanda hay en que los dos nos queramos?...

Iré... Pronto serán las seis y no me gustará llegar tarde... Corro al tocador blanco y perfumado como un altar de pagania. Lenta, femenina, narcisista, me arreglo un poco el rostro. Que me vea guapa, que le guste... ¡Para qué pensar más, para qué llevarme la cabeza de negras filosofías?... ¡Al amor, al amor!... Alfonso tiene razón: «Maravillosas escenas de «vaudeville» las nuestras»... Un «vaudeville» pícaro y sentimental en el que yo estoy condenada a ser, la esposa, sino la amante de mi marido...»

Calló tía Victoria. La contemplé en silencio, a la claridad rojiza de la lámpara que ardía sobre la gaveta. Y ví que en sus pupilas grises brillaban dos lágrimas. Dos lágrimas tímidas, imprecisas, vacilantes...

—¡Vaya un amor el tuyo, tía Victoria! —elogio.

Tía Victoria, en silencio, llevó el cuaderno hasta sus labios. Lo besó. Lo besó lentamente, suavemente. Como si fuera una reliquia. Luego, en unos segundos, aspiró su perfume: perfume de sándalo, de rosas marchitas... Al cabo del emocionado éxtasis, me dijo en voz baja, casi al oído,

—Así amábamos las mujeres de mi tiempo... Y ya ves lo que son las cosas, sobrinillo. Nosotras, para amar de tal manera, no teníamos necesidad de pintarnos los labios ni de acortar el tamaño de nuestras faldas... En cambio, las mujeres de hoy, son todas unas tontas... Por supuesto, las mujeres que os convienen a vosotros, tan tontos como ellas... Y más que a ninguno, a tí, sobrinillo loco, que eres el más tonto de todos...

Calló tía Victoria. Y yo, en silencio, me acerqué al balcón. Sobre la calle en sombra, ya había cesado de llover...